

LA DEVASTACIÓN MODERNISTA Y SU DENUNCIA PROFÉTICA

POR

MIGUEL AYUSO

1. ¿Ha existido Pío X?

París, 1933. El ya famoso abate Brémond ingresa en la Academia francesa. Y, entre las cortesías de rigor, proclama solemnemente: "He vivido bajo cuatro pontífices: Pío IX, León XIII, Benedicto XV y Pío XI..." (1). Pero entre León XIII y Benedicto XV, entre 1903 y 1914, reinó Pío X, sin demasiada tardanza san Pío X, el último papa santo hasta el día de hoy y desde el de Pío V, el papa del Concilio de Trento y de Lepanto. Por eso, bajo Pío X (1903-1914) no habría vivido. O Pío X no habría existido (2).

Es cierto que no en todas partes se ha conocido un tal encono. Que continuó, ha continuado, y no sólo en Francia, aunque quizá en ella con particular fuerza, tras la beatificación y la canonización. Después del II Concilio Vaticano no se ha limitado a él, sino que se ha extendido a toda una época y, en rigor, a toda una concepción de la Iglesia: las que llegan hasta el papa que beatificó y canonizó a Pío X, a saber, Pío XII, otro papa "maldito". Pero Pío XII era un papa principesco. Como Pío IX había sido el último papa-rey. Pío X, en cambio, lo tenía todo a su favor para haber sido una papa "simpático". ¿Por qué, en cambio, vino a resultar innombrable?

(1) Cfr. Jean Madiran, "Réflexions autour de 'La Cité Catholique'", *Itinéraires* (París) nº 62 (1962), pág. 52.

(2) Un ejemplo bien ilustrativo de este "espíritu" lo hallamos en R. Rouquette, "Bilan du modernisme", *Études* (París) nº 6/1956, págs. 321 y ss.

Comencemos, para ello, por repasar los trazos más salientes de su biografía (3).

Segundo hijo, de hecho primogénito, por haber muerto éste a poco de nacer, de una familia lombardo-véneta, entonces bajo gobierno habsbúrgico —pues nace en 1835—, las estrecheces económicas del hogar de los Sarto constituyen una primera dificultad para su vocación, que vence gracias a diversas ayudas, entre otras una beca del Patriarcado de Venecia que un día habrá de ocupar. Ordenado sacerdote en 1858, pasa los diez primeros años en Tómbolo, como coadjutor de un párroco enfermo, hasta que en 1867 es nombrado párroco de Salzano, donde ejercerá su ministerio hasta su designación como director espiritual del seminario de Mantua en 1875, diócesis de la que será obispo en 1884. Casi treinta años de trabajo sencillo, discreto. No dejan de llamar la atención su bondad, humildad y pobreza. Dedicar muchas horas al confesionario, cuida particularmente el catecismo, celebra con unción la Santa Misa o se conmueve cuando habla de la Santísima Virgen. Pero es un cura de pueblo. Nada más.

Es verdad que, entre tanto, quitando horas al sueño, ha ido adquiriendo sólidos conocimientos de Escritura y derecho canónico, amén de filosofía y teología, singularmente a través de la *Summa* del santo de Aquino. De obispo puede decirse que sigue esa misma senda: se preocupa del seminario, que tan bien conocía; sigue con atención paternal a sus sacerdotes; insiste en la enseñanza del catecismo... Pero también, hombre de gobierno al cabo, convoca un Sínodo diocesano, después de dos siglos de no reunirse. Es en 1893 cuando León XIII, que seguía desde hacía tiempo la labor del obispo Sarto, y pese a su resistencia, le crea cardenal y, ahora con la del gobierno italiano, que retrasa tres meses el *exequátur*, le nombra Patriarca de Venecia. Cuando en 1903 muere León XIII, Austria veta a Rampolla, que había entrado “papa” en el cónclave, para salir cardenal, mientras que Sarto, a su pesar, pues no quería aceptar, sería alzado al solio de Pedro, como Vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

En definitiva, nada de particular. Aunque, ¿qué se espera en

(3) Entre las biografías más conocidas del Papa Sarto pueden mencionarse la del Cardenal Merry del Val, que fue su Secretario de Estado, *Pío X. Impresiones y recuerdos*, Madrid, 1951, y la de Jerónimo Dal Gal, *San Pío X*, Barcelona, 1954.

verdad de un sacerdote, párroco, obispo y cardenal? Que rece, confiese, enseñe a los fieles, oriente a sus sacerdotes. Sólo a quienes les molesta precisamente eso, y no que sea frívolo o mundano, podían sentir antipatía por él. Pero lo que empezaba a ocurrir era eso. Que el desenvolvimiento de la misión de la Iglesia de Jesucristo, al tiempo que seguía sufriendo el acoso exterior (de quienes la consideran el enemigo del "progreso" y la "civilización"), comenzaba a afrontar un cada vez más difundido veneno interior. Eso es lo que a la postre iba a determinar que quien hubiera podido ser el "papa popular", fuese en cambio a sufrir condena sin remisión no ya como el "papa antipático", sino incluso el "papa innombrable". Lo antipático, cuando no lo innombrable era ya el Papado. Por eso, el padre Ramón Orlandis, de la Compañía de Jesús, insistía en que la necesidad más urgente de nuestro tiempo es "sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice" (4). Lo que, a no mucho tardar, iba a ser extremadamente difícil. Para los propios católicos tradicionales. Y no tanto, desde luego, respecto de Pío X y sus inmediatos sucesores. Como de los que habían de venir más cerca de nuestros días.

Si aplicamos lo anterior a Pío X se abre con claridad ante nuestros ojos el sentido profético de su pontificado. Y podemos verlo a través de los discursos del papa Pío XII con ocasión de la beatificación, en 1951, y canonización, en 1954, de su predecesor.

2. Pío X visto por Pío XII.

No son fáciles de sintetizar las consideraciones vertidas en el discurso "Il Beato Pio X, inclita gloria del Pontificato romano" (5). Pero quizá no deban ser echadas al olvido, por lo menos, las que tocan a la Acción católica, a la Eucaristía y a los "tiempos modernos".

A) En lo que respecta a la primera, la contempla como un modo de colmar, "a través de la activa colaboración de los laicos en el apostolado", el vacío que en torno al sacerdocio había abierto "el

(4) Ramón Orlandis, S. J., "Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey", *Cristiandad* (Barcelona) nº 39 (1945), págs. 465 y ss.

(5) *Discorsi e radiomessaggi di Sua Santità Pio XII. XIII. Tredicesimo anno di Pontificato (2 marzo 1951-1 marzo 1952)*, Tipografia Poliglotta Vaticana, págs. 127-136. La traducción que sigue es nuestra.

espíritu sectario del siglo": "A pesar de las adversas circunstancias, más aún, estimulado por ellas, Pío X cuida, cuando no propicia, con renovados impulsos, la formación de un laicado fuerte en la fe, unido con perfecta disciplina a los diversos grados de la Jerarquía eclesiástica. Y cuanto hoy se admira en Italia y en el mundo, en el vasto campo de la Acción católica, demuestra cuán providencial ha sido la obra de nuestro Beato, que reverbera sobre él una luz que, durante su vida, quizá fue dado solamente a pocos de presagiar plenamente". Pero, en última instancia, la finalidad no es sino la restauración de una sociedad católica, a la que se oponía —en sus palabras— otro obstáculo de suma gravedad: "De una parte la división en el mismo seno de la sociedad; y de otra la fractura que separaba la Iglesia del Estado (...)".

B) Por lo que toca a la segunda, considera que el gran pontífice se habría aproximado al mismo espíritu de Jesús: "Si calláramos sobre este punto habrían de alzarse los jóvenes de ayer y de hoy para cantar hosannas a quien supo abatir las barreras seculares que los mantenían alejados de su Amigo en los tabernáculos. Sólo en un alma sabiamente cándida y evangélicamente infantil como la suya podía hallar eco resuelto el ardiente suspiro de Jesús: 'Dejad que los niños vengan a Mí' (...). Si guardásemos silencio, hablarían los altares del Santísimo Sacramento para testimoniar el generoso florecimiento de santidad que por obra de este Pontífice de la Eucaristía ha venido a tantas almas, para las que la comunión frecuente y diaria es desde entonces canon fundamental de perfección cristiana".

C) Pero finalmente, la gloria de Dios se deja ver, "sobre todo (...) porque en Pío X se revela el arcano de la sabia y benigna Providencia, que asiste a su Iglesia y por ella al mundo en toda época de la historia": "Por su persona y su obra Dios quiso preparar a la Iglesia a los nuevos y arduos deberes que los futuros y turbios tiempos le reservaban. Preparar a su debido tiempo a una Iglesia concorde en la doctrina, unida en la disciplina, eficaz en sus Pastores; un laicado generoso, un pueblo instruido; una juventud santificada desde los primeros años; una conciencia cristiana diligente hacia los problemas de la vida social. Si hoy la Iglesia de Dios, lejos de retroceder frente a las fuerzas destructivas de los valores

espirituales, sufre, combate, y por la virtud divina avanza y redime, se debe en gran parte a la acción sagaz y a la santidad de Pío X. Hoy parece manifiesto que todo su Pontificado fue sobrenaturalmente dirigido, según un diseño de amor y redención, para disponer las almas a afrontar nuestras mismas luchas y para asegurar nuestras victorias presentes y futuras”.

También son principalmente tres los argumentos tratados por Pío XII en el segundo de los discursos, esta vez el de la canonización, dedicados a su predecesor (6).

A) Y el primero tiene que ver con la renovación eclesial vocada a la restauración (o instauración) de todas las cosas en Cristo: “El programa de su pontificado lo anunció solemnemente desde la primera encíclica (*E supremi*, del 4 de octubre de 1903), en la que declaraba que su único propósito era el de *instaure omnia in Christo* (*Eph.* 1, 10), o sea, el de recapitular, reconducir todo a la unidad en Cristo. Pero, se preguntaba, mirando amorosamente a las almas perdidas y vacilantes de su tiempo, ¿cuál es la vía que abre el acceso a Jesucristo? La respuesta, válida ayer, como hoy y por los siglos, es: la Iglesia. Por tanto, su primera solicitud, perseguida sin cesar hasta la muerte, fue el de hacer a la Iglesia siempre más concretamente apta y dispuesta para llevar a los hombres a Jesucristo.

”A este propósito concibió la atrevida empresa de renovar el cuerpo de las leyes eclesialísticas para dar al organismo entero de la Iglesia un desenvolvimiento más regular y una mayor seguridad y agilidad de movimiento, según reclamaba un mundo exterior cada vez más dinámico y complejo (...). La fuente profunda de la obra legislativa de Pío X debe buscarse sobre todo en su santidad personal, en su persuasión íntima de que la realidad de Dios, sentida por él en comunión incesante de vida, es el origen y fundamento de todo orden, de toda justicia, de todo derecho en el mundo. Donde está Dios, están el orden, la justicia y el derecho; y a la inversa, todo orden justo tutelado por el derecho manifiesta la presencia de Dios. Pero, ¿qué institución sobre la tierra debía evidenciar más eminentemente esta fecunda relación entre Dios y el derecho que la Iglesia,

(6) *Discorsi e radiomessaggi di Sua Santità Pio XII. XVI. Sedicesimo anno di Pontificato (2 marzo 1954-1 marzo 1955)*, Tipografia Poliglotta Vaticana, págs. 32-37. La traducción que sigue es nuestra.

cuerpo místico de Cristo? Y Dios bendijo generosamente la obra del santo Pontífice, de modo que el Código de derecho canónico quedará por los siglos como el gran monumento de su pontificado y él mismo podrá ser considerado como el santo providencial del tiempo presente”.

B) El segundo toca a la defensa de la unidad de la Iglesia en su fundamento divino, que es la fe, contra los errores del modernismo: “También se reveló Pío X invicto campeón de la Iglesia y santo providencial de nuestros tiempos en la segunda empresa que distinguió su obra y que con vicisitudes a veces dramáticas revistió el aspecto de una lucha emprendida por un gigante en la defensa de un tesoro inestimable: el de la unidad interior de la Iglesia en defensa de su fundamento íntimo, la fe. Ya desde la juventud la Providencia divina había preparado a su elegido en su familia humilde, edificada sobre la autoridad, sobre sanas costumbres y sobre la misma fe escrupulosamente vivida. Sin duda que cualquier otro Pontífice, por virtud de la gracia de estado, habría combatido y rechazado los asaltos tendentes a golpear a la Iglesia en su fundamento. Sin embargo, ha de reconocerse que la lucidez y firmeza con las que Pío X condujo la lucha contra los errores del *modernismo*, atestiguan en qué grado heroico la virtud de la fe ardía en su corazón de santo (...). Tuvo la clara conciencia de combatir por la causa más santa de Dios y las almas. En él se cumplen al pie de la letra las palabras del Señor al apóstol Pedro: ‘He rogado por ti, para que tu fe no decaiga, y tú... confirma a tus hermanos’ (*Luc. 22, 32*). La promesa y el mandato de Cristo suscitaron una vez más en la roca indefectible de un Vicario suyo el temple indómito del atleta. Es justo que la Iglesia, decretándole en esta hora la gloria suprema (...), cante a Pío X su reconocimiento y al mismo tiempo invoque su intercesión para que se ahorren nuevas luchas de tal género. Porque aquello de lo que se trató propiamente entonces, es decir, la conservación de la unión íntima de la fe y del saber, es un bien tan alto para toda la humanidad, que también esta segunda gran obra del santo Pontífice es de una importancia que va mucho más allá del mismo mundo católico.

”Quien, como el *modernismo*, separa, oponiéndolas, fe y ciencia en su fuente y en su objeto, obra en estos dos campos vitales una escisión tan deletérea ‘que poco es más muerte’. Se ha visto en la

práctica: el hombre, que en el siglo que corre estaba ya dividido en lo más íntimo de sí y, sin embargo, todavía ilusionado con poseer su unidad por la apariencia frágil de armonía y felicidad basadas en un progreso puramente terreno, se ha quebrado bajo el peso de una realidad bien diferente.

"Pío X, con mirada vigilante, vio aproximarse esta catástrofe espiritual del mundo moderno, esta amarga decepción, en particular en los ambientes cultos. Intuyó que una fe aparente, esto es, que no se funda en Dios revelador, sino que arraiga en un terreno puramente humano, para muchos se diluiría en el ateísmo. Entrevió igualmente el destino fatal de una ciencia que, de modo contrario a la naturaleza y con limitación voluntaria, se cerraba el paso hacia la Verdad y el Bien absolutos, dejando así al hombre sin Dios, frente a la oscuridad invencible en que habría de yacer todo ser: posición de solas angustia o arrogancia.

"El Santo contrapuso a tanto mal la única posible y verdadera salvación: la verdad católica, bíblica, de la fe, aceptada como '*rationabile obsequium*' (Rom. 12, 1) hacia Dios y su revelación. Coordinando de modo tal fe y ciencia, aquélla como extensión sobrenatural y confirmación de la otra, ésta como camino hacia la primera, restituyó al cristiano la unidad y la paz del espíritu, que son premisas imprescriptibles de vida".

"Si hoy muchos, volviéndose de nuevo hacia esta verdad, suspendidos casi en el vacío y la angustia de su abandono, tienen la suerte de poderla encontrar poseída firmemente por la Iglesia, deben agradecerlo a la amplitud de miras de la obra de Pío X. Por haber preservado la verdad de todo error se ha hecho benemérito, tanto para quienes la gozan a plena luz, esto es, los creyentes, como para quienes la buscan sinceramente. Para los demás, su firmeza contra el error quizá quede como piedra de escándalo, cuando en realidad no es otra cosa que el supremo servicio de caridad de un santo, como Jefe de la Iglesia, a toda la humanidad".

C) El tercero y último se centra en el ministerio eucarístico del Papa santo: "Sacerdote ante todo en el ministerio eucarístico, he ahí el retrato más fiel del santo Pío X. Su vida fue servir como sacerdote el misterio de la Eucaristía y cumplir el mandato del Señor: 'Haced esto en memoria mía' (Luc. 22, 19). (...) Uno de los documentos más expresivos de su conciencia sacerdotal fue el ardiente

cuidado por renovar la dignidad del culto, y especialmente por vencer los prejuicios de una cierta praxis, promoviendo resueltamente la frecuencia, incluso diaria, de los fieles a la mesa del Señor, conduciendo a ella sin dudar a los niños, llevándolos casi en sus brazos para ofrecerlos al Dios escondido en los altares, de donde vino una nueva primavera de vida litúrgica para la Esposa de Cristo.

"En la profunda visión que tenía de la Iglesia como sociedad, Pío X reconoció a la Eucaristía el poder de alimentar sustancialmente su vida íntima y de elevarla por encima de todas las demás asociaciones humanas. Sólo la Eucaristía, en la que Dios se da al hombre, puede fundar una vida social digna de sus miembros, cimentada en el amor antes que en la autoridad, rica en obras y dirigida al perfeccionamiento de los miembros, esto es, una vida 'escondida con Cristo en Dios'.

"Ejemplo providencial para el mundo de hoy, en que la sociedad terrenal, convertida cada día más en casi un enigma para ella misma, busca con ansia cómo volver a darse un alma. Que ese mundo mire a la Iglesia reunida en torno a sus altares. Allí, en el misterio eucarístico, el hombre descubre y reconoce realmente su pasado, su presente y su porvenir como unidad en Cristo (cfr. *Conc. Trid.* sess. XIII, cap. 2). Consciente de esta solidaridad con Cristo y con los propios hermanos, y fortalecido por ella, cada miembro de ambas sociedades, la terrenal y la sobrenatural, podrá recibir del altar la vida interior de dignidad y valor personal, vida que está a punto de ser arrollada por la tecnificación y por la organización excesiva de toda la existencia, del trabajo y hasta del mismo ocio. Sólo en la Iglesia, parece repetir el santo Pontífice, y por ella en la Eucaristía, que es 'vida escondida con Cristo en Dios', se encuentra el secreto y la fuente de vida social renovada.

"De aquí sigue la grave responsabilidad de aquellos a quienes, como ministros del altar, compete el deber de abrir a las almas la vena salvífica de la Eucaristía. En verdad que es multiforme la acción que un sacerdote puede desarrollar para la salvación del mundo moderno. Pero, sin duda, una es la más digna, la más eficaz y la de mayor duración en sus efectos: hacerse dispensador de la Eucarística después de haberse él mismo abundantemente nutrido (...). En la Eucaristía el alma debe fundar sus raíces para que corra por ella la savia de la vida interior, que no es solamente un bien fundamental de los corazones consagrados al Señor, sino una necesidad

de todo cristiano, al que Dios ha asignado una vocación de salvación. Sin vida interior cualquier actividad, por preciosa que sea, se envilece en acción casi mecánica y no puede tener la eficacia propia de una operación vital.

”Eucaristía y vida interior. He ahí la predicación suprema y más general que Pío X dirige en esta hora presente a todas las almas desde las alturas de la gloria. Como apóstol de la vida interior se sitúa en la era de la máquina, de la técnica, de la organización como el santo y la guía para los hombres de hoy”.

3. El profetismo auténtico de un pontificado.

Una de las cosas que más llama la atención de los juicios transcritos de Pío XII, en actos magisteriales de relevancia, cuales ceremonias de beatificación y canonización, es la insistencia en el carácter profético de la obra de Pío X. Y, en particular, en lo que concierne a su combate frente al modernismo. Aunque, desde algún ángulo, toda la acción del santo Pontífice, en su envés, va dirigida contra el modernismo. El haz, está claro, es y sólo puede ser la predicación del Evangelio de Jesucristo y el cuidado de su divina Iglesia y su desenvolvimiento cual Cristo creciente. Si en ocasiones puede parecer invertida la realidad es porque en nuestra situación menesterosa la mirada se posa en el envés constituido por las acciones en que históricamente encarna la misión de la Iglesia, tomándolo por el haz, que queda así en un segundo plano cuando no olvidado. Pío XII no podía albergar duda alguna sobre el carácter profético de la lucha antimodernista emprendida por el Papa Sarto, pues él mismo iba a ver los efectos del modernismo, campante en sus días más aún que en los de su predecesor. Su propio combate le valió igualmente la enemistad del mundo. Piénsese en la condena de la *Nouvelle théologie*, evidente reviviscencia de la corriente modernista, severamente atajada —lo hemos de ver a continuación— en *Humani generis*.

La enseñanza de León XIII, desarrollando de modo magnífico la vía abierta por Gregorio XVI y Pío IX, no fue escuchada. Pío X es consciente de la resistencia a la enseñanza de su inmediato predecesor, y he ahí la razón de su decisión de condenar si n el menor género de dudas y del modo más abierto: “Nuestro Predecesor, León XIII, de feliz recuerdo, procuró oponerse enérgicamente, de palabra y de obra, a ese ejército de grandes errores que, encubierta

y descubiertamente, nos acomete. Pero los modernistas, como ya hemos visto, no se intimidan fácilmente con tales armas y, simulando sumo respeto y humildad, han torcido hacia sus opiniones las palabras del Pontífice Romano y han aplicado a otros cualesquiera sus actos, y así el daño se ha hecho de día en día más poderoso. Por eso, Venerables Hermanos, hemos resuelto sin más demora acudir a los más eficaces remedios" (7). Sin embargo, hoy sabemos cómo tampoco esos remedios fueron "eficaces", pues la enseñanza de Pío X fue rechazada. Benedicto XV, y sobre todo Pío XI y Pío XII, prolongaron ese *corpus* ingente, de modo cada vez menos "eficaz", mientras el enemigo se hacía fuerte para emerger con ocasión del II Concilio Vaticano y su posteridad.

Con tales antecedentes pueden imaginarse los obstáculos alzados a su beatificación y canonización. Pero Pío XII insiste en la práctica heroica de las virtudes por Pío X, y no sólo de las teologales, sino también de las cardinales, y en particular de la reina de éstas, la prudencia (8). En este sentido, respondiendo una objeción que en algunos estaba presente, decía en el discurso de beatificación: "¿Es quizá verdad que en el carácter del beato Pontífice prevaleció a menudo la fortaleza sobre la prudencia? Tal ha podido ser la opinión de los adversarios, que en su mayor parte eran también enemigos de la Iglesia. Sin embargo, en la medida en que fue compartido por otros, incluso admiradores del celo apostólico de Pío X, cuando se contempla su solicitud pastoral por la libertad de la Iglesia, por la pureza de la doctrina, por la defensa del rebaño de Cristo de peligros inminentes, que no siempre encontró en algunos de ellos la comprensión e íntima adhesión que habría debido esperarse de ellos, ha de concluirse que esa apreciación se ha visto contradicha por los hechos. Ahora que el más minucioso examen ha escrutado a fondo todos los actos y vicisitudes de su pontificado, ahora que se conoce lo que ha seguido de aquellas circunstancias, no es posible mantener ninguna duda, ninguna reserva, sino que debe reconocerse que incluso en los períodos más difíciles, más ásperos, de más grave responsabilidad, Pío X, asistido por el gran espíritu de su fidelísimo Secretario de Estado, dio prueba de aque-

(7) *Pascendi*, nº 45.

(8) Cfr. Santiago Ramírez, O. P., *La prudencia*, Madrid, 1979, y Marcel de Corte, *De la prudence. La plus humaine des vertus*, Jarzé, 1974.

lla luminosa prudencia, que no tiene defecto en los santos, incluso cuando en las aplicaciones choca, dolorosa pero inevitablemente, con los postulados engañosos de la prudencia humana y puramente terrena" (9).

En este contexto, la encíclica *Pascendi* ocupa un lugar importantísimo. Por eso resulta conveniente en extremo recordarla en su centenario. Lo que, bien brevemente, haremos en lo que sigue en tres niveles, el de la falsa concepción de la Iglesia, el de la falsa filosofía y el de la falsa política. Esto es, el modernismo teológico, filosófico y sociopolítico o, si se prefiere, las dimensiones teológica, filosófica y sociopolítica del modernismo.

A) En cuanto a la primera, se destaca una concepción "dialéctica" (de la dialéctica moderna, de matriz hegeliana) de la Iglesia, que el Papa santo, calificándola de "doctrina perniciosa", describe así: "Por lo que ahondando más en la mente de los modernistas, diremos que la evolución proviene del encuentro opuesto de dos fuerzas, de las que una estimula el proceso, mientras que la otra pugna por la conservación. La fuerza conservadora reside vigorosa en la Iglesia, y se contiene en la tradición. Representala la autoridad religiosa, y eso tanto por derecho, pues es propio de la autoridad defender la tradición, como de hecho, puesto que, al hallarse fuera de las contingencias de la vida, pocos o ningún estímulo siente que la induzca al progreso. Al contrario, en las conciencias de los individuos se oculta y se agita una fuerza que impulsa al progreso, que responde a interiores necesidades y que se oculta y se agita sobre todo en las conciencias de los particulares, especialmente de aquellos que están, como dicen, en contacto más particular e íntimo con la vida. Observad aquí, Venerables Hermanos, cómo yergue la cabeza aquella doctrina tan perniciosa que furtivamente introduce en la Iglesia a los laicos, como elementos de progreso. Ahora bien, de una especie de mutuo convenio y pacto entre la fuerza conservadora y la progresista, esto es, entre la autoridad y la conciencia de los particulares, nacen el progreso y los cambios. Pues las conciencias privadas, o por lo menos algunas de ellas, obran sobre la conciencia

(9) *Discorsi e radiomessaggi di Sua Santità Pio XII. XIII. Tredicesimo anno di Pontificato (2 marzo 1951-1 marzo 1952)*, cit., pág. 131.

(10) *Pascendi*, n° 26. La traducción citada en las páginas siguientes corresponde a la *Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios*, Madrid, 1962, pág. 957.

colectiva; ésta, a su vez, sobre las autoridades, obligándolas a pactar y someterse a lo ya pactado" (10).

Resulta palmario el contraste de estas palabras con la eclesiología convertida en dominante y difundida con ocasión del II Concilio Vaticano. Dialéctica tantas veces presentada bajo muchas caras: entre el centro que frena y la periferia motriz, entre la jerarquía y el laicado, entre el derecho y el espíritu, etc.

B) Si pasamos al terreno de la filosofía, el objetivo de los reformadores modernistas no es otro que el de la relegación de la filosofía escolástica: "Quieren que se renueve la Filosofía, principalmente en los Seminarios: de suerte que, relegada la Escolástica a la historia de la Filosofía, como uno de tantos sistemas ya envejecidos, se añada a los alumnos la filosofía moderna, la única verdadera y la única que corresponde a nuestros tiempos. Para renovar la Teología, quieren que la llamada racional tenga por fundamento la filosofía moderna" (11). La razón de tal proceder, continúa el Papa, no es otra que la ignorancia: "En verdad que todos los modernistas sin excepción, quieren ser y pasar por doctores de la Iglesia, y aunque con palabras grandilocuentes subliman la filosofía moderna y desprecian la Escolástica, no abrazaron la primera deslumbrados por sus aparatosos artificios, sino porque su completa ignorancia de la segunda les privó del instrumento necesario para suprimir la confusión en las ideas y para refutar los sofismas". De manera que, en consecuencia, "del consorcio de la falsa filosofía con la fe ha nacido el sistema de ellos [de los modernistas], inficionado por tantos y tan grandes errores" (12).

No deja de ser admirable la claridad del Papa. No sólo respecto a la conveniencia de arraigar la teología en una filosofía, como la Escolástica, que ha sido calificada, sin el menor fideísmo, por el contrario, por motivos racionales, de "filosofía cristiana" (13). Sino también en la atribución del proceder opuesto de relegarla en beneficio de la filosofía moderna, plena de errores, a la ignorancia. E incluso en la conclusión, implícita, de los bienes que manaban del

(11) *Pascendi*, nº 37.

(12) *Pascendi*, nº 42.

(13) Cfr. Rafael Gamba, "La filosofía católica en el siglo XX", *Verbo* (Madrid) nº 83 (1970), págs. 169 y ss.

consorcio de recta filosofía y fe católica, y explícita, de la gravedad de intentar el consorcio de la falsa filosofía con la fe.

No podemos abordar en un texto de la naturaleza del presente, modesta introducción a la encíclica *Pascendi*, la cuestión de la relación entre razón y fe, filosofía y teología, naturaleza y gracia. La tradición católica siempre ha sostenido que la gracia supone la naturaleza, que la teología precisa de una filosofía, que la fe se asienta sobre razones. También ha privilegiado la filosofía escolástica y singularmente el tomismo para fundar la teología (14). Ahora bien, no es menos cierto que la Iglesia sobrepuja los sistemas filosóficos, como toda otra realidad humana. De modo tal que no sería de descartar *ab initio* la posibilidad, e incluso, ¿por qué no?, necesidad, de una nueva fundación de la teología racional sobre la filosofía moderna, imitando el ejemplo de santo Tomás cuando, en el siglo XIII, hizo lo propio sobre la filosofía entonces moderna, esto es, la de Aristóteles. Aparece ahí toda la temática, ardua, de la inculturación (15).

Un principio de respuesta, del todo conforme con el espíritu de Pío X, podemos hallarlo en la *Humani generis* de Pío XII. Que, de modo comprensivo, comienza reconociendo: “Los teólogos y filósofos católicos, que tienen la difícil misión de defender e imprimir en las almas de los hombres las verdades divinas y humanas, no deben ignorar ni desatender estas opiniones que, más o menos, se apartan del recto camino. Aún más, es necesario que las conozcan bien, ya porque no se pueden curar las enfermedades si antes no son suficientemente conocidas; ya porque hasta en las mismas falsas opiniones se oculta a veces un poco de verdad; ya, por último, porque los mismos errores estimulan la mente a investigar y ponderar con mayor diligencia algunas verdades filosóficas o teológicas” (16).

Pero otra cosa es la fundación de la teología sobre la filosofía moderna: “También es evidente que la Iglesia no puede ligarse a ningún efímero sistema filosófico; pero las nociones y los términos que los doctores católicos, con general aprobación, han ido reuniendo durante varios siglos para llegar a obtener algún conoci-

(14) Francisco Canals, *Unidad según síntesis*, Barcelona, 2005.

(15) He abordado alguna de sus caras en mi “Transmisión, inculturación, tradición”, *Verbo* (Madrid) nº 453-454 (2007), págs. 265 y ss.

(16) *Humani generis*, nº 5. La traducción citada corresponde a la *Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios*, cit., pág. 1124.

miento del dogma, no se fundan, sin duda, en cimientos tan delezna- bles. Se fundan, realmente, en principios y nociones deducidos del verdadero conocimiento de las cosas creadas; deducción realiza- da a la luz de la verdad revelada que, por medio de la Iglesia, ilumina- ba, como una estrella, la mente humana. Por esto, no es de admi- rar que algunas de estas nociones hayan sido no sólo empleadas, sino también aprobadas por los Concilios ecuménicos, de tal suer- te que no es lícito apartarse de ellas. Por todas estas razones, pues, es de suma prudencia el abandonar o rechazar o privar de su valor tantas y tan importantes nociones que los hombres de ingenio y santidad no comunes, bajo la vigilancia del sagrado Magisterio y con la luz y guía del Espíritu Santo, han concebido, expresado y perfeccionado —con trabajo de siglos— para expresar las verdades de la Fe, cada vez con mayor exactitud, y sustituirlas con nociones hipotéticas o expresiones fluctuantes y vagas de la nueva filosofía, que, como las hierbas del campo, hoy existen y mañana caerían secas. Aún más; ello convertiría al mismo dogma en una caña agi- tada por el viento. Además de que el desprecio de los términos y nociones que suelen emplear los teólogos escolásticos, conduce for- zosamente a debilitar la teología llamada especulativa, la cual, según ellos, carece de verdadera certeza, en cuanto que se funda en razo- nes teológicas” (17).

Por eso es preciso extremar la cautela: “La verdad y sus expre- siones filosóficas no pueden estar sujetas a cambios continuos, prin- cipalmente cuando se trata de los principios que la mente humana conoce por sí misma, o de aquellos juicios que se apoyan tanto en la sabiduría de los siglos como en el consentimiento y fundamento aun de la misma revelación divina. Ninguna verdad que la mente humana hubiese descubierto mediante una sincera investigación, puede estar en contradicción con otra verdad ya alcanzada, porque Dios, la suma Verdad, creó y rige la humana inteligencia, no para que un día oponga nuevas verdades a las ya realmente adquiridas, sino para que, apartados los errores que tal vez se hubieran introdu- cido, vaya añadiendo verdades a verdades de un modo tan ordena- do y orgánico como el que aparece en la constitución misma de la naturaleza de las cosas, de donde se extrae la verdad. Por ello, el cris- tiano, tanto como filósofo como teólogo, no abraza apresurada y lige-

(17) *Humani generis*, nº 10 y 11.

ramente las novedades que se ofrecen todos los días, sino que ha de examinarlas con la máxima diligencia y ha de someterlas a justo examen, no sea que pierda la verdad ya adquirida o la corrompa, ciertamente con grave peligro y daño para la misma Fe. Es muy deplorable que hoy algunos desprecien una filosofía que la Iglesia ha aceptado y aprobado, y que imprudentemente la apellidan anticuada” (18).

C) Llegamos finalmente al ámbito de la política. Para el que disponemos de un documento propio, la carta *Notre charge apostolique*, de 1910, condenatorio de *Le Sillon*, de Marc Sangnier, modelo de modernismo político y social. O, bien mirado, de más de uno, pues también debe ser colacionada en este terreno, por lo menos, la encíclica *Vehementer Nos*, contraria a la ley francesa de separación entre la Iglesia y el Estado, de 1905, ejemplo de esa *laïcité* que hoy vemos transformarse ante nuestros ojos y respecto de la que vemos también mudar el juicio de la jerarquía eclesiástica (19).

En la primera, a partir de una cita de León XIII, comienza precisando el ámbito de lo que podríamos denominar democracia: “Los que han de gobernar las repúblicas pueden, en algunos casos, ser elegidos por la voluntad y juicio de la multitud: a ello no se opone ni contradice la doctrina católica. Con cuya elección se designa ciertamente el príncipe, mas no se confieren los derechos del principado, no se da el mando, sino que se establece quién lo ha de ejercer” (20). A continuación, distingue con claridad el ámbito de acción de la Iglesia de la promoción de la democracia: “El advenimiento de la democracia universal no significa nada para la acción de la Iglesia en el mundo (...)”. Para denunciar finalmente el riesgo de su confusión: “Hay un error y un peligro en enfeudar, por principio, el catolicismo a una forma de gobierno; error y peligro

(18) *Humani generis*, nº 24 y 26.

(19) La carta de S.S. Juan Pablo II a los obispos franceses en el centenario de la ley de 1905, no ha podido ser más desafortunada, habiendo utilizado incluso por vez primera la palabra “separación” con sentido positivo, en lugar de la clásica “distinción”. Hoy en Francia se comienza a hablar de *nouvelle laïcité*, con significado distinto del que en otros contextos lingüísticos pueda usarse. Cfr. Jean Madiran, *La laïcité dans l’Eglise*, Versailles, 2005.

(20) *Diuturnum illud*, nº 6. La traducción citada corresponde a a la *Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios*, cit., pág. 20.

que son tanto más grandes cuando se identifica la religión con un género de democracia cuyas doctrinas son erróneas" (21).

En estas palabras, aparentemente sencillas en su brevedad, se encierran tres grandes tesis. La primera es la distinción entre la elección como mecanismo de concreción del gobernante de la elección como fundamento del poder, esto es, podríamos decir, de la democracia como forma de gobierno de la democracia como fundamento del gobierno. Lo que se produce en línea de continuidad con lo afirmado por Pío IX, en el *Syllabus*, y —como acabamos de ver— por León XIII en *Diuturnum illud* (22). La segunda tiene que ver con la tesis católica del origen divino del poder, ahora matizada no en el sentido de la traslación, al modo de la segunda Escolástica, sino en el de la designación, característica del neotomismo. Lo que se explica, entre otras razones, por el cambio del enemigo combatido, antes la doctrina —de cuño protestante— del derecho divino de los reyes, ahora la liberal de la soberanía nacional o popular (23).

La tercera, finalmente, discierne el ámbito de la Iglesia de la promoción de la democracia, máxime cuando se trata de una democracia errónea (la que pretende ser el fundamento del poder). En este punto, tras el pontificado de León XIII, caracterizado en estas materias por la continuidad estricta, más aún por la profundización, tanto de la doctrina firmemente antiliberal de su predecesor, Pío IX, pero también por algunos gestos tácticos tendentes a cambiar el signo de los poderes políticos con las fuerzas sociales cristianas, Pío X, sin cejar un ápice en el primero de los órdenes, va a

(21) *Notre charge apostolique*, nº 31. La traducción citada es la publicada en la revista *Verbo* (Madrid) nº 34-35 (1965), págs. 271 y ss.

(22) Siempre se repitió un texto, en realidad (creo) una paráfrasis de Pío IX: "Sufragio universal, mentira universal". En realidad el texto de *Maxima quidem* (Alocución de 9 de junio de 1862), luego incorporado al *Syllabus* como proposición condenada número LX es el de que "(aquellos a que se refiere, que son los liberales) con impudicia dan a entender que la autoridad viene constituida por el número y de la suma de las fuerzas materiales, (de modo) que el derecho consiste en el hecho material". En el *Syllabus* figura así: "La autoridad no es otra cosa que la suma del número y de las fuerzas materiales". No es poco, pues la mayor o menor conveniencia del sufragio como procedimiento no es argumento propio del magisterio pontificio sino de la filosofía de la política. Pero la afirmación de que la autoridad política venga constituida por el número, eso es otra cosa.

(23) Eugenio Vegas explicó tan sintética como claramente el cambio de una tesis a la otra, que vivió en sus días, en su artículo "Origen y fundamento del poder", *Verbo* (Madrid) nº 85-86 (1970), págs. 405 y ss.

tratar de rectificar lo que el "tribunal de la praxis" había evidenciado de inadecuado en el segundo (24). Así, el *ralliement* de los católicos a la República, en Francia, pero también en Bélgica e incluso en España, impulsados por León XIII, con los resultados desastrosos conocidos, iba a ser modulado con cuidado (25), y para ser sinceros tampoco con total acierto, por Pío X. Quien no insistirá tanto en la "adhesión", buscada por León XIII, de los católicos a las instituciones "modernas", pues crecía con cierta ingenuidad que aceptados en el debate político como otros contendientes cualesquiera debería cesar la persecución contra la Iglesia, sino más bien esperando de la mayoría sociológica la reconducción política, una suerte de utilización de la "democracia" contra el "liberalismo".

Con todo no puede negarse el valor de Pío X al enfrentar, también en el ámbito político, los combates sin cuartel que venían sucediéndose por los partidarios del orden cristiano contra los secuaces del liberalismo católico y la democracia cristiana. En este sentido y más allá de los asuntos ya apuntados, tales como la actitud ante la "laicidad" francesa, no pueden echarse al olvido otros como su actitud ante Maurras o su defensa del tradicionalismo político. Ambos bien significativos, no sólo doctrinal, sino también estratégicamente. En cuanto al primero, el papa santo no quiso nunca condenar al escritor francés, como una suerte de compensa-

(24) Debemos a Andrés Gamba, "Los católicos y la democracia. Génesis histórica de la democracia cristiana", en el volumen de VV. AA., *Los católicos y la acción política*, Madrid, 1982, págs. 113 y ss., una extensa reconstrucción de naturaleza histórica. Una problematización conceptual, por su parte, podemos encontrar en Claude Barthe, *Trouvera-t-Il encore la foi sur la terre?*, París, 1996.

(25) Tanto es así que, si se me permite una ilustración española, los tradicionalistas, tras haber rezado por la "conversión del Papa" en tiempos de León XIII, en los de Pío X llegaron a plantear crudamente que sin el apoyo papal no podían continuar su lucha a favor de la tesis de la unidad católica. He ahí el origen de las "Normas para los católicos españoles", que el cardenal Merry del Val, secretario de Estado, envió al arzobispo de Toledo, cardenal Aguirre, y que éste divulgó el 3 de mayo de 1911, cuya primera dice: "Debe mantenerse como principio cierto que en España se puede siempre sostener, como de hecho sostienen muchos nobilísimamente, la tesis católica y con ello el restablecimiento de la unidad religiosa. Es deber, además, de todo católico el combatir todos los errores reprobados por la Santa Sede, especialmente los comprendidos en el *Syllabus*, y las libertades de perdición, proclamadas por el derecho nuevo o liberalismo, cuya aplicación al gobierno de España es ocasión de tantos males. Esta acción de reconquista religiosa debe efectuarse dentro de los límites de la legalidad, utilizando todas las armas lícitas que aquella ponga en manos de los ciudadanos españoles". Cfr. Rafael Gamba, *Tradición o mimetismo*, Madrid, 1976, págs. 267-268.

ción de la censura de *Le Sillon*, tal y como se lo presentaban y sugerían tantos. Luego Pío XI no tendría la prudencia y la visión de su predecesor y con su intervención provocaría la destrucción del catolicismo político en Francia durante decenios (26). En cuanto al tradicionalismo, Pío X mantuvo siempre cordiales relaciones con el legitimismo carlista, desde cuando era Patriarca de Venecia, ciudad en la que residía el Rey Carlos VII (27). Y dejó en la ya citada *Notre charge apostolique* una frase digna de la piedra: “Los verdaderos amigos del pueblo no son revolucionarios ni innovadores, sino tradicionalistas” (28). Lecciones todas de realismo político. Como la que, frente a la frase corriente e infundada de que “cada pueblo tiene los gobernantes que se merece”, alzar la contraria de que “los pueblos son lo que quieren sus gobernantes” (29).

4. Después de la *Pascendi*...

Como la enseñanza de León XIII no fue enseñada, el magisterio y el gobierno proféticos de Pío X, lejos de ser aceptados, fueron rechazados, ora abiertamente, ora de modo subrepticio. Pero rechazados. El modernismo, lejos de ser atajado, fue subiendo como la marea. Y con sus formas proteicas fue invadiendo todo el cuerpo de la Iglesia hasta el momento de aparecer campante con ocasión del II Concilio Vaticano. San Pío X vio tan clara la situación, que en el motu proprio *Sacrorum Antitistum*, de 1 de septiembre de 1910, consideró preciso imponer un juramento antimodernista a los candidatos al sacerdocio. En ese texto, tan significativo, realiza la siguiente consideración: “Nos parece que a ningún Obispo se le oculta que esa clase de hombres, los modernistas, cuya personalidad fue descrita en la encíclica *Pascendi dominici gregis*, han dejado de maquinarse para perturbar la paz de la Iglesia. Tampoco han cesa-

(26) La literatura sobre la *Acción Francesa* es oceánica. A propósito de la discutida frase de Pío X sobre Maurras (“C’est un beau défenseur de la foi”) puede verse una aguda reflexión de Jean Madiran, “Quand des auteurs catholiques méconnaissent l’Action Française”, *Présent* (París), 13 de junio de 2007. Véase la biografía de Yves Chiron, *Vie de Maurras*, París, 1991.

(27) Francisco Melgar, *Veinte años con Don Carlos*, Madrid, 1940.

(28) *Notre charge apostolique*, nº 44.

(29) Cfr. Eugenio Vegas Latapie, “Importancia de la política”, *Verbo* (Madrid) nº 53-54 (1967), págs. 249 y ss. Cita Vegas un texto, que no he encontrado, del Papa santo, de 18 de noviembre de 1907, alocución conmemorativa de la conversión y bautismo de Clodoveo. Cfr. mi libro *La política, oficio del alma*, Buenos Aires, 2007.

do de atraerse adeptos, formando un grupo clandestino; sirviéndose de ello inyectan en las venas de la sociedad cristiana el virus de su doctrina, a base de editar libros y publicar artículos anónimos o con nombres supuestos. Al releer nuestra carta citada y considerarla atentamente, se ve con claridad que esta deliberada astucia es obra de esos hombres que en ella describíamos, enemigos tanto más terribles cuanto que están más cercanos; abusan de su ministerio para ofrecer su alimento envenenado y sorprender a los incautos, dando una falsa doctrina en la que se encierra el compendio de todos los errores”.

Y al acercarse a la conclusión el Papa no puede dejar de traslucir la angustia: “Hemos creído conveniente prescribir y recordar todo esto, mandando que se observe religiosamente. Nos vemos movidos a ello por la gravedad del mal que aumenta día a día, y al que hay que salir al paso con toda energía. Ya no tenemos que vernos, como en un primer momento, con adversarios disfrazados de ovejas, sino con enemigos abiertos y descarados, dentro mismo de casa, que, puestos de acuerdo con los principales adversarios de la Iglesia, tienen el propósito de destruir la fe. Se trata de hombres cuya arrogancia frente a la sabiduría del cielo se renueva todos los días, y se adjudican el derecho de rectificarla, como si se estuviese corrompiendo; quieren renovarla, como si la vejez la hubiese consumido; darle nuevo impulso y adaptarla a los gustos del mundo, al progreso, a los caprichos, como si se opusiese no a la ligereza de unos pocos sino al bien de la sociedad”.

Así hasta el fin de sus días. Por ejemplo, en su alocución a los nuevos cardenales, de 25 de mayo de 1914, último discurso pronunciado en público, y que se ha considerado por momentos adquiere un tono testamentario, insiste: “Estamos, ay, en unos tiempos en que se acogen y adoptan con gran facilidad ciertas ideas de conciliación de la Fe con el espíritu moderno, ideas que conducen mucho más lejos de lo que se piensa, no sólo a la debilitación, sino a la pérdida total de la Fe. Ya no causa asombro oír a personas que se deleitan con palabras muy vagas de aspiraciones modernas, de fuerza del progreso y de la civilización, que afirman la existencia de una conciencia seglar, de una conciencia política, opuesta a la conciencia de la Iglesia, contra la que se sostienen el derecho y el deber de reaccionar para corregirla y enderezarla. No es sorprendente encontrar personas que expresan dudas e incertidumbres sobre

las verdades, e incluso que afirman obstinadamente errores manifiestos, cien veces condenados, y que a pesar de eso se persuaden de no haberse alejado jamás de la Iglesia, porque a veces han seguido las prácticas cristianas. ¡Oh!, cuántos navegantes, cuántos capitanes, por poner su confianza en novedades profanas y en la ciencia embustera del tiempo, en lugar de arribar a puerto han naufragado (...) Entre tantos peligros, en toda ocasión no he dejado de hacer oír mi voz para llamar a los extraviados, para señalar los daños y trazar a los católicos la ruta a seguir. Pero mi palabra no ha sido siempre por todos bien oída ni bien interpretada por clara y precisa que haya sido" (30).

He ahí el verdadero profetismo de san Pío X. Frente al que hemos visto alzarse después uno falso, fundado en falsas perspectivas, falsas expectativas, falsas esperanzas. Caracterizado por tres signos, de los que consigna la Escritura: la maldad de los frutos de su aparente profecía, la frustración de sus anuncios y promesas y su empeño en empujar a los fieles a someterse a los hombres que les dominan en aquello en que éstos se enfrentan a Dios y les impiden obedecer a Dios (31). Los dos primeros operan de consuno y, así, hemos visto cómo se dejaba de lado lo que daba fruto, mientras que lo "nuevo" que se adoptaba ha sido y es estéril. El signo del falso profetismo reside aquí en el endurecimiento que impide advertir cómo lo "antiguo", que es lo "tradicional", y por lo mismo "perenne", podría tornar a ser fecundo en el presente y para el futuro. Tenaz reconocimiento a aceptar las cosas como son y que tratándose de las cosas de Dios puede ser un pecado muy grave (32). En

(30) Cfr. Jean Madiran, "Réflexions autour de 'La Cité Catholique'", *loc. cit.*

(31) Cfr. Francisco Canals, "Signos de falso profetismo", *El Alcazar* (Madrid), 6 de febrero de 1987

(32) He pensado en ello con frecuencia, sea en relación con la vanguardia modernista más consciente, como en lo que toca a las estructuras más moderadas aunque no por ello menos modernizadas. La primera, pongamos por caso la Compañía de Jesús a partir de los años sesenta, podría ser quizá absuelta en los primeros compases de su *svolta*. Al fin y al cabo fue siempre "fronteriza", como quería su fundador una suerte de "caballería ligera". Y es posible, pese a la capacidad nunca discutida de sus miembros, al menos en aquella época, concebir el diseño erróneo o las decisiones equivocadas. De nuevo, por ejemplo, la "teología de la liberación", antiburguesa, antimoderna en alguna de sus bases y pulsiones, pero moderna por la claudicación ante el marxismo. Ahora bien, la continuidad en el error, pese a la evidencia de los frutos de destrucción, para la propia Compañía, en peligro acelerado de extinción. En las estructuras más moderadas,

cuanto al tercero de los signos, podemos acercarnos al capítulo 13 del Apocalipsis, donde comparecen dos bestias, una que sale del mar y otra que surge de la tierra, en las que se ha solido ver, de un lado, el símbolo del Anticristo, que representa las fuerzas políticas o la potencia estatal contra Dios y contra Cristo y su Iglesia, y de otro los falsos profetas (ya que “tenía dos cuernos semejantes a los del cordero y hablaba como el dragón”) cuya tarea es llevar a los hombres a adorar la bestia primera, esto es, a considerar “divina” la fuerza política y estatal enemiga de Dios y de Cristo (33).

El modo de actuar de la Providencia siempre nos sorprende. Hoy nos encontramos con que la pobreza de espíritu reside precisamente en el tradicionalismo. Ser pobre, hoy, es ser antimodernista y tradicionalista. Confiemos, pues, en las promesas del Señor, y que por su misericordia lleguemos a heredar el Reino de los Cielos.

por su parte, en un primer momento se justifican desde un ángulo puramente defensivo, “conservador” de lo que merece ser conservado, pero a la larga son las que contribuyen a instalar la Iglesia en el mundo moderno, instalación en unos momentos más confortables que en otros, pero instalación al cabo. Pero dejemos aquí las cosas.

(33) Es la interpretación del padre José María Bover, S. J., y del profesor Francisco Cantera, *Sagrada Biblia*, Madrid, 1961, pág. 1488. Puede verse también el texto de Francisco Canals, *Reflexión teológica sobre la situación contemporánea*, (Madrid) nº 371-372 (1999), págs. 127 y ss.